

Noel H. Sbarra ❀

## “EL VIEJO PANCHO” A ORILLAS DEL RÍO EO

**E**N Oviedo nos detuvimos el tiempo suficiente para conocer la catedral, magnífico exponente del arte gótico español. Promediaba la tarde y nuestra próxima meta era La Coruña, distante 324 kilómetros siguiendo la carretera por la cornisa cantábrica. Resolvimos, pues, hacer noche en la villa de Ribadeo, situada a poco más de la mitad del trayecto, cuyas casas, de techo de pizarra, cayendo hacia el río Eo —que marca el límite de las provincias de Lugo (Galicia) y Asturias— nos ofrecían, desde lo alto del camino, una vista encantadora. Por lo demás, la guía Michelin nos indicaba que había allí uno de esos excelentes albergues levantados por la Subsecretaría de Turismo. Y a él nos dirigíamos cuando, ya en las inmediaciones, nos cortó el paso una pareja de la guardia civil: no podríamos pernoctar en el albergue, donde se alojaba, durante la pausa de Semana Santa, el Caudillo, que, como otros años, había venido a pescar truchas y salmones, abundantes en los ríos de la región.

En busca de un hotel pasamos frente a la plaza España, la principal de la villa, donde, ya de anochecida, comenzaba a desarrollarse un espectáculo de bailes regionales. Instalados, pues, en una

decorosa hostería, dejamos nuestro coche y a pie nos dirigimos presurosos a gozar de la fiesta popular. Ya en la cercanía de la plaza el nombre de una calle, leído al pasar en la chapa indicadora, atrajo fuertemente nuestra atención: *Calle del Viejo Pancho*. Y como somos dados a la literatura nativista rioplatense, asociamos rápidamente: “El Viejo Pancho” era el seudónimo de uno de los mejores poetas criollos del Uruguay, el gallego José Alonso y Trelles. Nos olvidamos, pues, por completo de las muñeiras y las gaitas; interrogamos a un “municipal” —que así llaman a los agentes de la policía provincial—, quien nos indicó que en el N° 10 de esa calle, que no tiene sino tres cuadras, estaba la casa que había sido de Trelles.

La casona del poeta —habitada ahora por una sobrina de este— es un edificio de dos plantas, de noble aspecto, en cuyo frente, donde se abren la puerta y cinco ventanas, una placa dice así: “Aquí nació —para no morir— el 7 de mayo de 1857, un ribadenense universal: el poeta José María Alonso Trelles y Jaren, que bajo el seudónimo patriarcal de El Viejo Pancho llegó a consagrarse como el más alto intérprete de la psicología criolla uruguaya. Falleció

## Itinerario español

en El Tala el 28 de julio de 1924. Su pueblo natal le ofrenda esta lápida conmemorativa. Ribadeo, 28 de julio de 1946." Absortos estábamos frente a la casa del autor de "La güeya" cuando acertó a pasar por allí, camino de la plaza, un matrimonio, que cordialmente se acercó a nosotros preguntándonos él si éramos uruguayos y si podía sernos útil en algo.

—“No señor —repliqué—, pero es como si lo fuera; soy argentino y también a los argentinos nos alcanza la gloria de El Viejo Pancho.”

—“¡Enhorabuena! —nos contestó, presentándose—, me llamo José María Puebla Pumariño, para servirle. Viví varios años en Buenos Aires y siendo casi un niño, por los días de vuestro Centenario entré a trabajar en la editorial Guillermo Kraft; después me atacó la morriña y en 1918 regresé a mi Ribadeo y aquí me tiene Ud. como director-propietario del semanario *Las Riberas del Eo*, que es el decano de la prensa provincial. Y ahora, si Ud. me permite —añadió— le haré de cicerone, pues frente a la plaza, que Ud. ya habrá visto, está la Biblioteca Pública Municipal El Viejo Pancho.”

Complacidos aceptamos la gentil invitación y nos pusimos en marcha. Lo primero fue conocer, a pocos pasos de donde estábamos, el local del periódico —cuatro páginas compuestas a mano—, obsequiándonos su director con un ejemplar de la última edición aparecida: 10 de abril de 1965. Ya en la plaza, nos detuvimos ante un busto de Trelles, obra del escultor ribadenense Eduardo Osorio, que lleva esta inscripción: “El Viejo Pancho (1857-1924). Poeta gauchesco uruguayo nacido en esta villa. Ofrenda de los españoles residentes en Montevideo, 1º de septiembre de 1957.” Y frente mismo, calle por medio, en el pa-

lacio que fuera del conde de Ribadeo, de la casa de Alba, está la biblioteca El Viejo Pancho.

Compraron el tal palacio y lo donaron al municipio los hermanos Pedro y Juan María Moreno Ulloa, dos gallegos establecidos en Buenos Aires, donde hicieron fortuna con un comercio instalado en la entonces calle Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen), llegando a la plaza Lorea.

—“Ahí tiene Ud. —acota don José María en tanto nos informa—, la emigración derrotando a la nobleza...”

Es verdad, y a fe que no podía tener más precioso destino el ex palacio del conde de Ribadeo y duque de Alba. Como era de noche y la biblioteca estaba cerrada, don José María se las ingenió para que se hiciera presente el bibliotecario y nos atendiese. El repositorio, pulcramente mantenido, tiene un fondo bibliográfico de 10.000 volúmenes y en una de las paredes un cuadro de gran tamaño representa a José Alonso y Trelles joven, vistiendo la ropa del paisano uruguayo actual y montando un caballo áperado con lomillo y freno, riendas y estribos de plata.

Salimos finalmente a la calle y allí cerca, en una esquina, al lado de la Aduana, vemos una placa con una leyenda que es para los argentinos un conmovedor mensaje de afecto: “En homenaje a la República Argentina y a petición de los ribadenenses allí residentes se designa esta calle con el nombre de Buenos Aires. Obsequio del Centro Ribadeo y sus distritos, de Buenos Aires, al Excelentísimo Ayuntamiento de esta villa. Inaugurada en agosto de 1934.”

—“También tenemos una Avenida República Argentina; aquélla” —remata don José María, extendiendo la diestra. Fue, ciertamente, un impacto emocional que puso fin a una hora de cordialísima

charla. (De este linaje humano —pensamos— son los gallegos, que tan bien conocemos y queremos en la Argentina.)

En el tablادillo improvisado en la plaza habían cesado la música y el ajetreo de las danzas populares; las luces se habían reducido a lo normal y las gentes, en alegres grupos, se alejaban entre voces y risas.

\* \* \*

El inesperado encuentro con el Viejo Pancho a orillas del río Eo, en su Galicia natal, nos ha servido para recordar al autor de tantas celebradas composiciones camperas: “renglones desiguales (¡cualquier día los llamo yo versos!)”, diría el propio Trelles —sin falsa modestia y con puntas de ironía— cuando se decidió reunirlos en 1915 en un libro titulado *Paja Brava*.

Hombre joven, en 1874 llegó Alonso y Trelles a la Argentina, radicándose por algún tiempo en Chivilcoy, provincia de Buenos Aires, donde trabajó como dependiente en una casa de comercio al par que escribía en un periódico lugareño. Al año siguiente abandonó nuestro país para establecerse definitivamente en la Banda Oriental, afincándose en El Tala, pequeño poblado rural del departamento de Canelones. Había hecho en España estudios de teneduría de libros y el oficio le sirvió para ganarse laboriosamente la vida. Ya no habría de dejar más El Tala, sino para realizar, primero, estudios notariales en Montevideo y luego, en 1908, para representar en la Legislatura a Canelones como diputado por el Partido Nacional.

*Mi Tala Cómico* se llama un periódico satírico que funda en 1894 y que él solo escribe, ilustra e imprime. Su director es Juan Monga, seudónimo que para el caso usa Trelles, quien firmó asimismo sus escritos y versos con otros nombres literarios o de fantasía: El Viejo

Pancho Chingolo, El Manco y El Viejo Pancho. Precisamente, este último aparece un día en *Mi Tala Cómico* al pie de unos versos gauchescos titulados “La güeya”. Son ocho estrofas, que empiezan así:

Pulpero, eche caña,  
Caña de la güena,  
Yene hasta los topes ese vaso grande,  
No ande con miserias.

Son versos distintos a los que se hacen comúnmente en lenguaje gauchesco. ¿Quién es ese Viejo Pancho —se pregunta la gente— que cala tan hondo en el alma compleja del paisano? La nueva composición hace fortuna y se reproduce largamente en ambos márgenes del Plata. Ahí está todo el dolor contenido y al mismo tiempo toda la triste ilusión del paisano que un día, de madrugada, llega a su rancho: “Y oservé en el pasto mojáo po’el sereno / Yo no sé que güeyas.”

Y aquellos encontrados sentimientos —la ilusión y el dolor— quedan fijados en las dos últimas estrofas:

Yo tengo, pulpero,  
Pa que usté lo sepa,  
La moza más linda que han visto los ojos  
En tuita la tierra.

Con eya mi rancho  
Ni al cielo envidéa  
Pero eche otro vaso pa ver si me olvido  
Que he visto una güeya...

El misterio se aclara finalmente y los versos de El Viejo Pancho comienzan a aparecer periódicamente en la revista “El Fogón”, de Montevideo, junto a los de Elías Regules, Alcides De María, Moratorio, etc., y a los relatos de Javier de Viana y de Acevedo Díaz, entre los más conspicuos cultores del género gauchesco.

*Paja Brava* —libro del que han aparecido varias ediciones— incluye ochenta composiciones, entre las que cabe señalar como las más logradas, a “La güeya”,

## Itinerario español

ya citada, "Cosas de viejo", "Tiento sobao", "Cuando pases cerca mío", "Pa ejemplo", "Volver p'atrás" y sobre todo la admirable "¡Hopa!, ¡hopa!, ¡hopa...", que trascribimos:

Casi anocheciendo, cerquita e mi rancho  
Cuando con mis penas conversaba a solas,  
Sentí ayer ruidaje como de pezuñas  
Y el grito campero de ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!...

Salí, y en el oscuro vide uno de poncho,  
Yevando a los tientos lazo y boleadoras,  
Que al tranco espacioso de un matungo záino  
Arriaba animales que parecían sombras.

—“Paresé, aparcerero, paresé y disculpe —  
Le dije. — ¿Qué bichos lleva en esa tropa?”  
—“Voy pa la tablada de los gauchos zonzos  
A venderles miles de esperanzas gordas”. —

—“Si el mercáo promete, y engolosinao  
Güelve po'estos pagos en procura de otras,  
No olvide que tengo mis potreros yenos,  
Y que hasta e regalo se las cedo todas”

Sonrióse el tropero, que era el Desengaño,  
Talonó el matungo derecho a las sombras,  
Y aún tráe a mis óidos el viento e la noche  
Su grito campero de ¡hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!...

En el prólogo de *Paja Brava*, el autor resume en una pregunta la razón sustancial de sus viriles y sentidos versos: “¿No podrían ser sencillamente mis pasiones, mis penas, imaginarias o reales, que da lo mismo, mis secretas ternuras, el mundo misterioso e ignorado que lleva cada uno dentro de sí, lo que, en el pintoresco lenguaje criollo, aprendido en mi larga convivencia con la gente del campo, expresan y traducen mis toscos versos?”

Claro que sí; y esa autenticidad es, precisamente, la que ha dado vida y proyección a los “renglones desiguales” de El Viejo Pancho.